

Giovanni Papini
El diablo



Este libro es una apasionada, vívida, intensísima participación en las dudas, los terrores y las esperanzas que la presencia del Diablo está destinada a suscitar. El autor nos presenta el enfrentamiento entre el creador y el destructor, y lo traslada a todas las facetas de la vida del hombre, con la intención fundamental de manifestar la bondad de Dios, aunque al hacerlo, para gran escándalo de muchos, ofrece una interpretación benevolente del orgullo satánico. Papini habla de relaciones entre Dios y el Diablo mucho más cordiales de lo que suele imaginarse.

ADVERTENCIA DE LA EDITORIAL

La aparición de *El Diablo* en Europa, en la edición original italiana, ha sido causa de ruidosos comentarios y polémicas. Emecé Editores, que tenía contratada su traducción al castellano antes de que esa situación se produjera, desea, por razones obvias, mantenerse ajena a toda discusión o controversia. Se limita a transcribir los párrafos siguientes del artículo aparecido con el título «Una condena superflua» en el núm. 119 de *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua castellana, que dice así:

Sabido es que, conforme al can. 1993, un libro lleno de errores explícitos, es más, descarados y clamorosos, como éste de Papini, es *ipso iure prohibitus*. El magisterio de la Iglesia interviene solamente en el caso de engaños muy graves, que van contra la buena fe de los fieles; en el caso de los libros que tienen una importancia doctrinal. El magisterio de la Iglesia, aun siendo cosa más bien sencilla, es, sin embargo, una cosa seria. No se comprende qué debía hacer la Iglesia con semejante libro entre las manos. Es de lamentar que al viejo escritor toscano le haya ocurrido aventura semejante, pero en todo caso es en daño, a lo más, de su catolicismo, no del catolicismo.

Consecuente con lo que expresa esta publicación, hasta ahora, la Iglesia no se ha pronunciado en el caso con carácter general. En cuanto a si un libro debe o no considerarse *ipso iure prohibitus* según el can. 1399 —y no 1993— es indudable que se trata de materia de apreciación, mientras no exista una decisión expresa de las autoridades eclesiásti-

cas competentes. La opinión del articulista de *L'Osservatore* —indudablemente autorizada— no comporta una resolución oficial de la Iglesia. Por lo demás, el propio Papini, en el libro que va a leerse, ha tenido buen cuidado de dejar establecido lo siguiente:

Ante todo me he propuesto, guiado por un sentido de caridad y misericordia, estudiar, liberándome de prejuicios y de prevenciones, los siguientes problemas:

las verdaderas causas de la rebelión de Lucifer que no son las que comúnmente se cree,

las verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo, mucho más cordiales de lo que suele imaginarse,

la posibilidad de la tentativa, por parte de los hombres, de hacer que Satanás vuelva a su condición primera y nos libere a todos de la tentación del mal.

En lo que se refiere a los dos primeros problemas, he tratado siempre de apoyar mis observaciones en textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de Padres de la Iglesia, de filósofos y de escritores cristianos. En lo que se refiere al último problema me he contentado con insinuar conjeturas y esperanzas que, si bien no están confirmadas por pruebas dogmáticas, me parecen en perfecta armonía con la concepción de un Dios definido como Amor absoluto.

Y en la página 279 dice lo siguiente:

No pretendemos que estos sentimientos y estos pensamientos sean hoy aceptados por la doctrina oficial de la Iglesia docente; y mucho menos pretendemos hacer las veces de la Iglesia ni sustituirla a ella. Pero lo que no es lícito enseñar como verdad cierta y segura puede y debe ser admitido como cristiana y humana esperanza. Los tratados de teología seguirán diciendo no a la doctrina de la reconciliación total y final; pero el corazón —que tiene sus razones que la razón no conoce— seguirá anhelando y esperando un sí. En la escuela de Cristo hemos aprendido que lo imposible, sobre todo, es creíble.

Con las transcripciones que anteceden Emecé Editores cumple con su obligación de advertir a los lectores católicos acerca de lo acontecido con respecto a la publicación de este libro.

EMECÉ EDITORES
Buenos Aires, abril de 1954

PRESENTACIÓN

Sobre el diablo se han escrito centenares de volúmenes. Yo no hubiera tenido la desfachatez de escribir otro si no me asistiese la seguridad de que éste es distinto de todos los demás. Distinto por su intención, distinto por su espíritu, distinto, al menos en gran parte, por su método y por su contenido.

Para decir desde un comienzo lo esencial, creo poder afirmar que éste es el primer libro sobre el Diablo escrito por un cristiano y de acuerdo con el más profundo sentido del cristianismo.



Este libro no es:

una historia de las opiniones y de las creencias acerca del Diablo;

una incursión más o menos erudita o más o menos divertida a través de las leyendas, antiguas y modernas, sobre el Diablo;

un árido tratado conceptual según el cartabón de la Escolástica tradicional;

un prontuario ascético para proteger a las almas de las acechanzas y de los asaltos del demonio;

una colección de santas invectivas o de andanadas oratorias sobre el antiguo Adversario;

una historia de los representantes terrestres del Diablo, es decir magos, ocultistas y cosas por el estilo;
una orgía romántica de literatura satanista, con sus correspondientes misas negras y otras brutales imbecilidades;
una lucubración metafísica sobre el problema del mal, como la que hizo el kantiano Ehrard;
y, en fin, tampoco es, como podría parecerle a algún lector apresurado, una defensa del Diablo.



Ante todo me he propuesto, guiado por un sentido de caridad y misericordia, estudiar, liberándome de prejuicios y de prevenciones, los siguientes problemas:

las verdaderas causas de la rebelión de Lucifer, que no son las que comúnmente se cree;

las verdaderas relaciones entre Dios y el Diablo, mucho más cordiales de lo que suele imaginarse;

la posibilidad de la tentativa, por parte de los hombres, de hacer que Satanás vuelva a su condición primera y nos libere a todos de la tentación del mal.

En lo que se refiere a los dos primeros problemas, he tratado siempre de apoyar mis observaciones en textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, de Padres de la Iglesia, de filósofos y de escritores cristianos. En lo que se refiere al último problema me he contentado con insinuar conjeturas y esperanzas que, si bien no están confirmadas por pruebas dogmáticas, me parecen en perfecta armonía con la concepción de un Dios definido como Amor absoluto.



Los lectores encontrarán en este libro muchas novedades. Debo advertir, sin embargo, que buen número de esas novedades les parecerán nuevas únicamente a quienes no conocen lo bastante la Patrística y la literatura cristiana.

Hasta el siglo XVI, la libertad de interpretación de los dogmas fue mucho mayor que hoy, y mucho mayor de lo que pueda imaginarse; y ha de advertirse que no todas las opiniones que no afectaban al núcleo del dogma fueron consideradas herejes por la Iglesia. Nótese, además, que tal libertad de especulación teológica y filosófica floreció precisamente en los siglos en que la Iglesia cristiana tenía más calor y más vigor en su fe que el que pueda tener hoy.

Espero que los honestos guardianes de la ortodoxia no se escandalicen excesivamente ante ciertas expresiones audaces de mi esperanza cristiana, y que atenderán más al espíritu y a la intención que a ciertas intemperancias de la letra.



Este libro es el resultado de lecturas y de búsquedas hechas a través de algunos años. Pero mi espíritu no se ha sentido tentado sólo ahora por el problema de las relaciones entre el Diablo y los hombres. Desde 1905 —es decir, cuando yo sólo contaba 24 años— escribí dos moralidades fantásticas tituladas *Il Demonio mi disse* y *Il Demonio Tentato*, que fueron publicadas en el volumen *Il Trágico Quotidiano*^[1]. Esa idea no me abandonó nunca, tanto que en 1950 escribí un breve drama en tres tiempos —*Il Diavolo Tentato*—, que fue transmitido dos veces por la radio italiana y que ahora vuelvo a entregar al público en un apéndice a este libro.

De 1905 a 1953, mi concepción de Satanás ha cambiado, naturalmente, casi por completo. El cristianismo ha mo-

dificado los motivos de la atracción que sobre mí ejercía el Ángel Caído, pero mi simpatía juvenil por él tenía un sentido premonitorio. También el Demonio forma parte del mundo sobrenatural y cristiano.

También por el negro portal del pecado se puede entrar en el Reino de Dios.

Suscribo y hago más estas valientes palabras de Graham Greene: "Allí donde Dios está más presente, allí también se halla su enemigo; y, a la inversa, a veces desesperamos de hallar a Dios en el lugar donde el enemigo está ausente. Uno se siente tentado de creer que el Mal no es sino la sombra que el Bien, en su perfección, lleva consigo, y que un día llegaremos a comprender hasta la sombra."



Este libro esta dedicado a todos mis amigos que no sean secretamente un poco enemigos y a todos aquellos enemigos que podrían llegar a ser, acaso mañana mismo, nuevos amigos.

Pero lo dedico sobre todo a los lectores, próximos o lejanos, que estén dotados a la vez de buena inteligencia y de buena fe.

G. P.

I

NECESIDAD DE CONOCER AL
DIABLO

I

PROPÓSITO DEL AUTOR

En el mundo de las grandes religiones hay un Ser aparte, que no es bestia, ni hombre, ni, mucho menos, Dios. Sin embargo, ese Ser se sirve de las bestias, esclaviza a los hombres y se atreve a medirse con el mismo Dios. Según el dogma cristiano, es un ángel que manda una legión de ángeles; pero es un ángel caído, desfigurado, maldito.

Lo odian los mismos que han prometido amar a los enemigos; lo temen los santos, es decir quienes más difieren de él y más lejos están de él; lo obedecen e imitan los mismos que no creen en su existencia, o que dicen no creer en ella.

Los teólogos hace siglos que apenas cuchichean algo sobre él, como si se avergonzasen de creer en su "presencia real" o tuviesen miedo de mirarlo de frente, de sondear su esencia. Los Padres de la Iglesia y los Escolásticos hablaban mucho de él y le dedicaban tratados íntegros. Hoy, sus tímidos sucesores se contentan en cambio con hablar de él, al pasar, en el capítulo sobre los Ángeles y sobre el Pecado Original, y con discreción o pudor, como si temiesen escandalizar a los "espíritus libres" que han expulsado de la "buena sociedad" de la *intelligenzia* las "supersticiones medievales".

En efecto, los filósofos ya casi ni se dignan llamar con su verdadero nombre a ese ser, si bien no pueden dejar de hablar de él aplicándole nombres más abstractos y, por ende, más "decentes". Uno de ellos, el famoso Alain, escribía en 1921, con aire satisfecho: "El diablo ha corrido la misma

suerte que todas las apariciones... Por lo que veo, ni siquiera la guerra ha conseguido hacer revivir al Diablo con sus cuernos.”^[2] Como para este jactancioso y decidido racionalista, el Diablo era “una aparición”, es decir, algo visible a los sentidos, y como ya no asoma su hocico, ni gruñe, ni muestra tampoco su pata cabruna, eso significa que ha dejado de existir. Bien sabemos que la imbecilidad de los filósofos “profundos” es tan inmensa que sólo la infinita misericordia de Dios consigue vencerla.

Pero los poetas y los novelistas, es decir, los artistas, mucho más sensibles a los efluvios espirituales, y que conocen la vida humana y sobrehumana más de cerca que los juglares del “concepto”, no son del mismo parecer. Hace ya algunos siglos que los poetas han ocupado el puesto del que desertaron teólogos y filósofos. Desde hace siglos les atrae la imagen terrible del gran Adversario, su tétrica grandeza, su tristeza atroz. Aún hoy, en los más divinos poemas, en las tragedias con más claroscuro, en las novelas más introspectivas, en las refinadas mitologías de los moralistas y de los inmoralistas, y hasta en las exquisitas o triviales películas cinematográficas, el Ángel fulminado se halla presente y habla, en todas las poses y bajo todas las caracterizaciones. La gente lo recuerda de continuo, pronuncia todos los días su nombre, aun cuando no siempre tenga conciencia de vivir bajo su dominación.

Hace apenas 30 años, las llamadas “personas cultas”, los administradores de la *intelligenza* burguesa, no se ocupaban de él o acogían su nombre con una mueca de desprecio, como si se tratase de un antiguo personaje del teatro de títeres. Hoy las cosas han cambiado mucho. Ya no sonríen ni los empresarios del “espíritu puro” ni los literatos al servicio del “mundo distinguido”. Hasta los teólogos empiezan a discurrir abiertamente, sin eufemismos precaucionales. El Demonio ha recuperado sus derechos de ciudadanía en la república de la cultura. Después del desencadenamiento de las dos guerras, después de las saturnales del

odio y de la ferocidad, después de tantas confirmaciones y nuevas pruebas de su influencia y de su poder, se advierte que no sólo es una creación poética sino también uno de los protagonistas de la historia.

A pesar de ésta su reaparición en el ambiente de lo verdadero y de lo verosímil, el Diablo es aún poco conocido. Ese ser infame, y sin embargo famoso, invisible, y sin embargo omnipresente, unas veces negado y otras adorado, unas veces temido y otras vilipendiado, que tuvo sus cantores y sus sacerdotes, sus cortesanos y sus mártires, sigue siendo más popular que comprendido, más representado que desentrañado. Es preciso mirarlo con ojos nuevos, acercarse a él con espíritu nuevo. No con el servilismo del mago que quiere sacarle provecho, ni con el tenor del devoto que quiere defenderse contra él, sino con los ojos y con el espíritu del cristiano que quiere ser cristiano hasta las últimas consecuencias —también las más temerarias— del Cristianismo.

Se llama, en hebreo, *Satan*, es decir, el Adversario, el Enemigo; se llama, a la manera griega, el Diablo, es decir el Acusador, el Calumniador. Pero ¿le es lícito a un cristiano odiar al enemigo? ¿Les es lícito, a los hombres honestos, calumniar al calumniador?

Hasta ahora, los cristianos no se han mostrado lo suficientemente cristianos hacia Satanás. Lo temen, lo rehuyen; o fingen ignorarlo. Pero el miedo, si bien a veces puede salvarlos de sus tentaciones, no es por cierto arma de salvación para el futuro y para el resto de los hombres. Cristo, ejemplar divino del cristiano, habló con Satanás durante cuarenta días, y recibió el beso de aquel en quien Satanás se había encarnado para llevarlo a la muerte.

Más peligroso aún que el miedo es la indiferencia, que las más de las veces termina por convertirse en culpable complicidad con las iniciativas diabólicas. Quien no se pone en guardia resulta derrotado y capturado más fácilmente. También esta vez fue un poeta quien adivinó la verdad:

“La mejor treta del diablo —escribió Baudelaire— es la de convencernos de que no existe.”

Ni con el miedo ni con la ignorancia podremos suprimir el Príncipe de este mundo, que nos hace sentir cada vez más su espantosa dominación. Para liberar del Demonio, y para siempre, al pueblo cristiano, es mucho más aconsejable, y está mucho más de acuerdo con el mandamiento evangélico del amor, tratar de conocerlo más justa y profundamente, no ya para enredarse en sus lazos o participar en su actividad, sino para mejor cuidarse de él y para tratar de hacerlo volver a su primitiva naturaleza.

Comprender es disponerse a amar. El cristiano no puede ni debe amar en Satanás la rebelión, el mal y el pecado; pero puede y debe amar en él a la criatura más horriblemente desdichada de toda la creación, al jefe y al símbolo de todos los enemigos, al Arcángel que un día fue quien estuvo más próximo a Dios. Acaso únicamente nuestro amor pueda ayudarlo a salvarse, a que vuelva a ser el que en un principio fue: el más perfecto de los espíritus celestes. Salvándolo del odio de todos los cristianos, todos los hombres quedarán para siempre salvados de su odio.

Cristo amó a los hombres —también a los rebeldes, y a los corrompidos, y a los bestiales— hasta el punto de asumir todos nuestros pecados; hasta el punto de morir por nosotros de una muerte infame. ¿No podría ser que Él hubiese querido liberarnos de la esclavitud del Demonio, hasta con la esperanza de que los hombres, a su vez, pudiesen liberar de la condena al Demonio? ¿No podría ser que Cristo hubiese redimido a los hombres para que éstos, mediante el precepto de amar a los enemigos, fuesen dignos un día de soñar con la redención del más funesto y empedernido Enemigo?

Un verdadero cristiano no debe ser malvado ni siquiera con los malvados; no debe ser injusto ni siquiera con los injustos; no debe ser cruel ni siquiera con los crueles, sino que debe ser, con el tentador del mal, un tentador del

bien. Tal vez el Diablo no espere sino un impulso de nuestra caridad para hallar en sí mismo fuerzas con que renegar de su odio: es decir, para liberar al mundo todo del señorío del mal.

Este libro no es ni quiere ser una defensa o una apología de Satanás. Nada me asquea ni me repugna tanto como los sucios, idiotas y perversos fantaseos del satanismo medieval o romántico. Detesto con toda el alma esos devaneos de súcubos, de obsesos y de decadentes.

Este libro sólo quiere ser una búsqueda más atenta, leal y serena, acerca del origen, del alma, de la suerte, de la esencia del Diablo, e igualmente alejada de las complacencias ocultistas y de la iracundia pietista. Quiere hacer conocer al Adversario en su verdad, para que la verdad prepare su redención y la nuestra.

Hasta hoy Satanás ha sido odiado, insultado, maldito; o, si no, imitado, loado y adorado. Este libro se propone, en cambio, un fin completamente distinto y completamente nuevo: hacer que los cristianos comprendan a Satanás cristianamente.